

OBSESIÓN

Habían transcurrido unas cuantas horas de jolgorio: gritos, risas, el sonido a tope, la barra de bote en bote, parejas gozando de la emoción apasionada del amor sobre la esponjosidad de los sillones, otros, que a duras penas se tenían de pie, vomitando por los rincones y la mayor parte, perdidos en una niebla espesa, farfullando incoherencias y lamentaciones extrañas, como si no habitaran en este mundo tan prosaico sino en una dimensión imaginaria y sutil.

“Se acabo -pensó - ya no se puede llegar a mayor grado de ignominia e indignidad.” Nadie se percató de que un sujeto ajeno a la parroquia del local había entrado en la cabina del disjockey, quien, por cierto, le sonrió con gesto bobalicón, regresando de nuevo a su perpetua luna de miel.

De repente, la música se interrumpió. “Ese xxxxx tiene la mano muy larga, tengan cuidado con él” –sonó una potente voz a través de la megafonía. “La fiesta solo continuará si dicho individuo abandona el local.”

Todos miraron a su alrededor. El mensaje había llegado de forma rápida e inesperada. Además con tanto ajeteo físico y tanto atolondramiento mental no lograron captar la sutileza del dichoso adjetivo aunque estaban seguros de que el individuo en sí solo podía ser masculino. Estaban confusos, dudaban del calificativo en cuestión: ¿gordo, flaco, moreno, rubio, calvo...? No obstante, todos los que estaban en condiciones aceptables se apresuraron a comprobar la longitud de las extremidades superiores de sus semejantes. Algunos, los menos, se aseguraron de que sus billeteras estaban donde tenían que estar. Nadie bajaba la mirada y, dando la espalda a los demás, se dirigía cabizbajo a la puerta de salida. Al contrario, todos mostraban un ademán claro de desconfianza en sus rostros.

La búsqueda no daba frutos y las sospechas campaban a sus anchas sin ningún tipo de disimulo ni contención. La sala estaba repleta, era casi imposible respirar. Llovieron vasos, volaron sillas, se escucharon golpes secos, se vieron labios hinchados, ojos amoratados, cuerpos de clientes y vigilantes de seguridad rodando por el suelo, en fin, un espectáculo excesivo y extraordinariamente lamentable por la gran cantidad de carne maltratada de forma gratuita y soez.

Cuando llegó la policía, todo había terminado, mal, pero había terminado. En algunos corrillos, la gente comentaba que habían llegado tarde. Uno, en concreto, señalaba que eso no era raro, vamos que de cada cien veces sucedía noventa y nueve. Otro dijo que

hablar después de los hechos era muy fácil. Otro que había que ser más patriotas y dejar de criticar a la policía. Este sacó una enseña y la blandió con rabia y tesón.

Los agentes ya se habían marchado, llevándose consigo a los que consideraron cabecillas del altercado. Pero allí, lejos de calmarse la situación y de haber obtenido algún aprendizaje de que la violencia no era buena consejera, el litigio verbal iba aumentando de intensidad y las miradas ganaban notablemente en cuanto a tensión y profundidad. En un momento determinado se hizo realidad el dicho de que solo el hombre tropieza dos veces en la misma piedra y todo aquello desembocó en una contienda encarnizada de desmesurado ejercicio muscular.

Así que las fuerzas del orden tuvieron que regresar pero esta vez todavía tardaron más en llegar. Un análisis instantáneo de la situación dejaba meridianamente patente que el conflicto había finalizado con cierta simetría y de forma más o menos ordenada. Dos montones de cuerpos lastimados yacían en el suelo. Las quejas y los ¡ay! se escuchaban sin cesar. Cada montón alzaba a media asta una bandera diferente, con acentuado orgullo hacia la propia y marcado desdén hacia la ajena.

Al final de la noche, el vecino del portal número quinientos tres, escalera C, quinto D, desde su puesto de guardia en la ventana del comedor, saboreando un buen queso manchego acompañado de pimientos de Padrón, vino de Rioja y jamón de Teruel, dedicó una carcajada histérica y prolongada a toda la ciudad.